

có el Padre Coloma, cuando no era religioso, sino un muchacho distinguido de Sevilla, aficionado a las letras, muy despabilado y gracioso, con ingenio y dotes de observador.

Pero estos novelistas católicos, preciso es decirlo, no tenían veta de satíricos, y desde luego mal pudieran (no siendo Fernán) por este concepto, satirizar a la sociedad elegante, puesto que no la conocían. Casi todos, por otra parte, lo intentaron; pero a decir verdad con escaso acierto. *La Montañés*, de Pereda, verbigracia, fué una equivocación.

Lo curioso es que, habiéndose iniciado este movimiento satírico contra el gran mundo a tiempo que imperaba en las letras el sentido naturalista y realista, que produjo no pocas novelas magistrales, se hacía para la gente aristocrática una excepción: mientras con los paletos, jándalos, marineros, indios, mozas de cántaro, pescadoras, gañanes, lonjistas, en suma, el pueblo, y también la clase media, se practicaban los métodos de observación y fiel transmisión de lo observado, y se cultivaba el *documento*, para las clases altas se creía posible prescindir de esta base necesaria, y se llenaba de *arquitrabas* el comercio de libros.

Se objetaba, no sin cierto desdén, que al cabo una duquesa es una mujer lo mismo que las demás, y tiene pies, cabeza y cuerpo, y obedece a iguales estímulos que una aldeana o una modistuela. Hasta aquí la tesis podía sostenerse, pero flaqueaba al no tomar en cuenta el inmenso influjo del ambiente, de la educación, hasta de los prejuicios y nimiedades, en la manera de ser y de vivir.

Eran tales novelistas como aquel pintor que, por ser su modelo una dama de alto copete, quisiese retratarla de memoria, ya que, al cabo, tendría cara y pelo y ojos y nariz, igual que los modelos anteriores.

De aquí, en gran parte, la superioridad del Padre Coloma en este terreno, pues salió al campo bien provisto de noticias, con un caudal de documentos menudos y picantes, fondo de la novela *Pequeñeces*, que tanto renombre le dió, y de la cual tantas ediciones se agotaron.

No era, sin embargo, y aun cuando lo pareciese, el principal objetivo del Padre satirizar al gran mundo. Más que a ese núcleo frívolo, inconsciente, que gira en el torbellino de las vanidades, quería fustigar en conjunto a la Restauración.

Era el Padre Coloma un carlista involuntario, y lo hubiese sido doblemente si viese en D. Carlos a un hombre según su ideal, de un ejemplarismo riguroso.

La Restauración, inspirada en el criterio amplio de Cánovas del Castillo, indignaba al Padre, y le parecía una transacción con los malos principios y los desmanes revolucionarios. Hubiese soñado el Padre una Restauración que trajese las cosas a donde estaban antes de 1868, y sospecho que tampoco las cosas, antes de 1868, serían enteramente del gusto del novelista, de suerte que sería preciso retroceder en la serie de los tiempos y no parar hasta el siglo xv, con los Reyes Católicos, o el xvi, con el César amigo y señor de San Francisco de Borja, duque de Gandía.

Lo cierto es que la política de la Restauración, que el Padre calificaba de *barrido para dentro*, le sublevaba, y contra ella se enderezaron los tiros de su sátira, reprobando en la aristocracia la adhesión a tal sistema, y aplicándole el cauterio de la censura más acre, envuelta en risa.

En cuanto a lo demás, a lo que ya no depende de la política ni con ella se relaciona, el Padre Coloma hizo lo que todos los novelistas, desde Balzac; estudió la corrupción de las costumbres al través del elemento femenino. No es que los hombres salgan mejor librados que las mujeres en aquella célebre obra, pues apenas asoma un varón que no haya que cogerle con tenazas, menos el jesuita consejero de la virtuosa y desgraciada Villasis; pero contra las mujeres, y no contra los hombres, preconizaba el autor la práctica de una especie de bloqueo, que excluyese de la sociedad y del trato a las damas que diesen pábulo a la maledicencia.

Eso pretendía el Padre Coloma, y sobre tal tema se cruzó entre él y quien esto escribe una curiosa correspondencia.

Yo le argüía, y mi argumento no fué rebatido, diciéndole que, según eso, lo que se castigaba no era la falta o pecado, sino su publicidad, y la que acertase a esconder sus diabluras, y fuese lo bastante calculadora para no dejar de ellas ni un rastro, sería respetabilísima; de suerte que, en su aspecto espiritual, para Dios que todo lo ve, el sistema del Padre envolvería una injusticia profunda.

No cabe negar que la sociedad ejercita siempre una cierta *selección defensiva*, y no está mal que la

ejercite (aun cuando a veces se diría que la entiendo al revés, y festeja más a las menos dignas de serle); y, realmente, no hay equidad en el modo de practicar esa misma selección.

El Padre recomendaba algo que se parecía a las antiguas *reprensiones públicas*; y calcúlese la que se hubiese armado si, volviendo radicalmente a los primitivos tiempos del Cristianismo, empezasen las señoras que dan fiestas a zapear y expulsar de ellas no sólo a las pecadoras y mundanas, sino a los libertinos profesionales, a los concusonarios, a los malos amigos y peores caballeros, porque, dentro del criterio religioso, no cabía distinguir de sexos, fuera hasta herejía... En las Catacumbas no se daban *soirées*, y cada tiempo quiere lo suyo.

Por estas razones, tal vez, no alcanzó transcendencia el intento del Padre Coloma, a pesar del mucho talento y gracia derrochados en prepararlo. No ignoro si por el convencimiento del escaso fruto de la obra en este terreno, en medio del gran alboroto producido, y del escándalo de los timoratos y apocados que se espantaban de ciertos detalles y episodios fuertes, como guindillas, diseminados en *Pequeñeces*, el Padre Coloma, con gran sentimiento mío, y de muchos aficionados a las novelas interesantes, amenas y con miga, abandonó el camino emprendido tan brillante y ruidosamente, y aun cuando escribió después mucho, y muy atractivo, no dió a *Pequeñeces* una segunda parte.

Sus novelas posteriores, tardías, por decirlo así, tenían sordina y pedal. De suerte que el público (fuera de un público especial, aun más numeroso y fiel que literario) fué, si no dando al olvido, relegando a la penumbra al que tanto le preocupó, en ocasión señalada.

Ultimamente, el Padre Coloma cultivó un género que en España era nuevo: la historia, relatada como si se tratase de una novela. Se me dirá que lo mismo hicieron Alejandro Dumas y otros novelistas de la generación romántica; y contestaré que existe una notable diferencia.

Estos tomaban la historia (la frase es de Dumas), como un clavo donde colgar las invenciones de su fantasía. El Padre Coloma no procede así. Busca la verdad histórica, y aun cuando la aplique a sus propósitos, no la altera. Sólo es novelista por el donaire y amenidad con que narra, por el feliz empleo de los detalles interesantes, por el cuidado de evitar cansancio al lector.

Yo alabo esta parte de la labor del Padre Coloma; y la considero muy bella y muy útil a la vez. Es lectura que, conviniendo a muchachos, no les cae mal a las personas mayores que se precian de instruidas.

Jeromín es delicioso. *Fray Francisco* (tengo entendido que ha quedado sin concluir), me agrada mucho. Y el libro crítico biográfico y de recuerdos sobre Fernán Caballero, lo juzgo un modelito.

Por desgracia, la salud del Padre andaba quebrantadísima, y desde hace años. La primera vez que hablé con él (y han pasado lo menos veinticinco desde la fecha), ya se me quejó de sus achaques, de los tercos dolores de cabeza que sufría. La insidiosa arterio-esclerosis iniciaba su estrago.

Con buena salud y libre pluma, este insigne literato hubiese producido cosas notabilísimas, y hubiese poseído ese don de la fecundidad, que yo le deseaba en el artículo que acerca de *Pequeñeces* publiqué en el *Nuevo Teatro Crítico*.

LA CONDESA DE PARRAMON.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El muerto ilustre de estos últimos días ha sido el Padre Luis Coloma, un tiempo celeberrimo autor de *Pequeñeces*. Nadie habrá olvidado el revuelo que esta novela produjo, cuando vió la luz, primero en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, luego en dos volúmenes, cuyas ediciones desaparecieron, bebidas, absorbidas por la avidez de un público que no se hartaba de comentar los lances de la novela, la clave que en ella suponían y, más que nada, el extraño caso de que un jesuita escribiese con tal desenfado y hasta crudeza, y siguiendo los cánones de aquel realismo naturalista que había sido, en otras plumas, duramente anatematizado y punto menos que excomulgado por graves varones eclesiásticos y religiosos.

Para tal fenómeno, que la gente no comprendía, yo encontré una explicación, a mi ver sencilla y fundada en textos del mismo autor de la discutida obra. Busqué el origen de *Pequeñeces* en un hecho que a su hora dió mucho que hablar. Cierta jesuita, conocidísima en la corte, subió al púlpito del templo donde predicaba, con motivo de unos ejercicios espirituales concurridos por la crema de las señoras de Madrid, y con voz de trueno y frase enérgica y bíblica, reprendió las costumbres, y tales cosas dijo, que una Infanta que formaba parte del concurso no pudo, aunque tan serenísima señora, conservar la serenidad, y sufrió una congoja que la hizo abandonar el recinto.

A las pocas horas, el Rey, el Nuncio, los ministros de la Corona y todos los mentideros, sabían lo acaecido, y antes que transcurriesen veinticuatro horas el indignado profeta era despedido hacia otras comarcas de Israel.

Ahora bien: lo que no pudo decirse en la cátedra del Espíritu Santo, pudiera decirse, con mayor libertad, en la novela. Y por esta circunstancia se lanzó como novelista y como satírico social el Padre Coloma.

Esto lo confiesa él mismo en el substancioso prólogo de *Pequeñeces*.

«Has de tener en cuenta — dice al lector — que aunque novelista parezco, soy sólo misionero; y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública y predicaba desde allí rudas verdades a los distraídos que no iban al templo, hablándoles, para que bien le entendiesen, en su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico a los que, de otro modo, no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo...»

Y en otro prólogo añadía:

«Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde debe y puede bajar la enseñanza de Jesucristo. Lejos, pues, de anatematizar a los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea de que atañe al hábil confeccionador de *contravenenos*...»

Antes que el Padre Coloma, y al mismo tiempo que él, los novelistas católicos produjeron obras con fin moral y de predicación a su manera. Fernán Caballero, la ilustre novelista andaluza (por mejor decir, suiza, pues en tierra helvética había nacido), tuvo sus pujos de catequista, y en su escuela se edu-